

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 14.º

Madrid Agosto de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.



PESCADORAS VIZCAINAS



JARDINES DEL BUEN RETIRO... Todos eran liberales en aquella familia; todos, menos ella. Pero jamás en las conversaciones que sosteníamos dió á conocer esto.

LA ESFINGE ó EL CAMINITO DEL CIELO

Quien hablaba era el comandante Reico; aquel guapo mozo que supo ganarse á pulso todos los empleos desde alférez, en la guerra civil. Cuantos hayan servido en el ejército del Norte se acordarán de él. Como que su historia parecía una leyenda.

Me enamoré como un cadete, y lo que es peor, como un cadete... casado. Porque ya lo estaba yo... y no lejos de allí vivía mi mujer, en Tudela, con sus padres. Pero el hombre es débil, y más en campaña, y pequé, sí, señores, pequé sin poderlo remediar, bajo la influencia de tan extraordinaria mujer...

En una de las varias operaciones que realizó el ejército allá por el año 1875, hubo de permanecer mi compañía destacada con otra del batallón, durante más de dos meses, en uno de los pueblos que constituían nuestras líneas avanzadas sobre el Arga y el Carrascal hasta Pamplona. Yo, como capitán más antiguo, mandaba toda la fuerza.

De sobre mesa, una noche, después de cenar, todos en animada conversación, ella un poco separada de los presentes, más en espíritu que de cuerpo, y, como siempre, sin levantar la vista de su labor, nos dedicábamos á comentar los sucesos del día, sobre todo aquel tiroto sostenido por mi gente contra unos cuantos carlistas que se atrevieron á cruzar el río acercándose á las tapias aspilladas que constituían la fortificación del pueblo. Mas á bien que su merecido se llevaron; de seguro que á aquellas horas no habían parado aún de correr.

Y ella conocía mi estado, ya lo he dicho, pues muchas veces hablé con su familia de mi mujer, de mis hijos, de todas mis circunstancias. Llegó un instante en que perli la cabeza y le declaré mi amor: loco, frenético, sin palabras, más con atrevimientos de villano que con frases de galán. La soledad, la ocasión me favorecían; ella, de pie ante mí, sujetas entre las mías sus manos, me escuchaba sin que se alterase la palidez de su rostro; pero fija en mis ojos su mirada, más intensa, más brillante que nunca, con relámpagos no sé si de amor ó de desprecio.



UN APUNTO POR N. PICCOLO.

en tal momento y situación era señal y distintivo de la más vergonzosa villanía. Todo el horror de esto apareció á mi vista con su terrible realidad. Así, así te quiero; es decir así sí; así TODO—repercutía el eco en torno mío; así, con la boina, carlista, desertor, apostata de tus ideas políticas, traicion al juramento prestado á tus banderas; así te querré. Mi amor, lo que tanto codicias; mi cuerpo... que te enloquece; en una palabra, yo, la esposa, como me decís, con mi alma dolorida por el que murió, con mi castidad immaculada, soy el premio de tu acción. Mi sacrificio lleva un brazo vigoroso á la causa de Dios y del rey. ¡Y qué guapo estás así. Anda, grita conmigo; ¡Viva!...

sorprendernos, debían venir dos batallones navarros, y yo... ¡Oh! ¡jamás! Y eso fué lo que me decidió. Podía yo darle todo por ella: mi venganza personal, mis juramentos, mis convicciones políticas, todo eso; pero solo, yo solo, Martín Reico, un faccioso más al fin y al cabo. Mas una traición como la que se buscaba... Ni la duda puede haber de que no ya al saberlo, sino al presentirlo, pude considerarme salvado. Precisamente aquel mismo día pasó por allí el coronel jefe de la línea del Arga, y le di parte de las noticias que sobre movimientos del enemigo había logrado poseer. (Las supe por mis confidentes, no por ella; conste.) Esto dió lugar á que se reforzase la guarnición; pero debían constituirse las compañías más fuertes, fueron relevadas las nuestras por cuatro de un batallón provincial recién organizado.



EN LA ORILLA.

¡Te acuerdas?... Yo no lo olvido: azul y limpio el celaje; el mar, con manso oleaje, á nuestros pies extendido; nuestro sol, que con ojos, dejaba el suelo andaluz, por envidia que en las tuvas á la luz de tus ojos; de las perfumadas del monte cargado el viento suave; la vela de alguna nave en el lejano horizonte; del faro el rojo brillar. las olas que contolleas, los pájaros que alotean en el oscuro pisar. insectos, que en las campañas entre las flores murmurar, lucieronágas que fulgurar en los setos y en las vides; el rumor confuso y vario de las aldoas cercanas, el toque de las campanas del vecino santuario... ¡Hermosura prodigiosa! No me arrancó esa mirada, que estabas tú, prenda amada, más gentil y más hermosa. Y hallábame sin temor en aquellas soledades, viendo tres inmensidades: el cielo, el mar y mi amor. Mal digo... que en dulce anhelo unidos en aquel día, para nosotros no había ni tierra, ni mar, ni cielo.

una chispa desprendida del espíritu divino. Mira tú, si, siendo así, eterna será mi fe, mira si olvidar podré el amor que pasa en tí; que en un va y ven escondido, imposible de apagar con toda el agua del mar que vi á nuestros pies tendido. Pues cuando en verto me empleo y mi alma á la tuya pasa, no sé cómo no te abraza la llama de mi deseo; ni cómo tu alma y la mía no se unen como dos gotas en el mar; como dos notas en una sola armonía.

EL SIGLO XIX

Tal era el título del periódico de Madrid, que en cierta mañana de diciembre publicaba en su sección de «Sucesos» las siguientes noticias sueltas: «Ayer, á las cinco de la tarde, y cuando más concurrido se hallaba el paseo de la Castellana, dos caballeros, pertenecientes á la más alta sociedad, se dieron de bastonazos, promoviendo algún escándalo. Relacionábase el suceso con las veleidades de una hermosa bailarina del teatro Real. Amigos de ambos contendientes intervinieron ya en el asunto, y es de esperar que la cuestión concluya en el terreno que el honor y la caballerosidad exigen.»

«A la misma hora próxima mente, y en una de las tabernas de la calle de Segovia, tuvieron un fuerte altercado dos albañiles, llamados Sebastián Regidor y Aniceto Yanguas (el Romano). El motivo de la disputa fué, según nos dijeron en el lugar de la ocurrencia, la certidumbre que el primero adquirió de que el Yanguas había deshonrado la noche anterior á una hija suya, hermosa joven de quince años, valiéndose para ello de una indigna estratagema. Entre el tabernero y varios parroquianos lograron separar á los que ya habían sacado á relucir las navajas, y se disponían furiosos á destrozarse.»

CRIMEN EN LAS VISTILLAS



«Como temían cuantos presenciaron la disputa promovida anteayer en una taberna de la calle de Segovia, y entre dos albañiles llamados Regidor y Yan-guas, respectivamente, a causa de haber deshonrado este último a una hija del primero, la cuestión no quedó terminada por la separación de los contendientes.

«Citados éstos, en unión de cuatro amigos, en la meseta de las Vistillas, reanularon el interrumpido lance a las cuatro de la madrugada, recibiendo en la lucha, que fué terrible, el apodado Regidor un tremendo navajazo en el costado derecho, que le dejó sin vida tres horas después. Como era natural, tratándose de un desafío, la Iglesia no pudo prestar su auxilio a los últimos momentos del desgraciado albañil.

«El agresor se entregó voluntariamente a los guardias de Orden público, ingresando en la Cárcel Modelo. Aunque sabe que le aguarda el presidio, se muestra satisfecho y tranquilo por haber vengado el ultraje inferido a su hija.

«Hasta cuándo, señor gobernador civil, tendremos que registrar hechos de esta naturaleza?»

Se nos olvidaba añadir que El Siglo XIX era un periódico que ostentaba debajo de su título el lema de «libertad, igualdad, fraternidad...»



ANTONIO CANOVAS Y VALLEJO.

LA MUJER Y LA GOTA DE ROCÍO

(IMITACION DE VICTOR HUGO)

Es la mujer la gota de rocío que, abandonando de la noche el volo, se blanca perla en el ramaje umbrío; fango tan sólo, si resbala al suelo.

Cuando la gota entre la luz incolora de la aurora al nacer su oriente dorado, para evitar que en fango se convierta hasta un rayo de sol que la evapore.

Si la mujer, ante fanático ejemplo, próxima está del vicio a la honda sima, para volver de la virtud al templo, has a un rayo de amor que la redima.

ARISTIDES SAENZ DE URRACA.



A UNA ESTRELLA

¿Por qué cuando te miro leer radiante en el azul del cielo, inextinguible anhelo arranca al corazón hondo suspiro? Hormosa cual ciguana, más vivo resplandor tu rayo lanza. ¿Eres hija del sol y de la luna? ¡El astro de la dicha y la fortuna que algún mortal sobre la tierra alcanza! Esa luz brilladora que está al frente dimitiendo ahora, ¡es la luz celestial de la esperanza! ¡Es el dulce perdón que Dios envía al pecador que llora arrepenido! ¡El Agnina de flores de María,



Un apunte por M. PICCOLO.

que el rayo de justicia ha detenido ¡Bres acaso la oración ferviente que al firmamento sube de enamorada virgen inocente! ¿Eres la cabellera refalante que flota entre las alas de un querubín? ¿O eres, di, la mirada de ternura que con amor profunda desde el cielo, morada de ventura, un ángel puro compasivo vierte sobre el dormido mundo, triste mansión del llanto y de la muerte? En tal fijar mis ojos, la tierra olvido que mi planta huella, fecunda sólo en ásperez abrojos. ¡Ay, si dejando el valle de la vida en que angustiada gimo y me quejella, donde no encuentro el placer ni calma, de tu luz en un rayo convertida a ti pudiera remontarse el alma!

MERCEDES DE VELILLA Y RODRIGUEZ.



¡QUE ME KODEN A MÍ, POLLITOS!

LA PAJA Y LA VIGA

(CUENTO DE SACRISTÍA)

Todo era regocijo y alborozo en el convento de carmelitas descalzas de C***, gobernado en aquel entonces por una madre superiora todavía joven, pues no había pasado el estrecho de los cuarenta, y bastante letrada, como que procedía de muy fina juda solar castellano.

La campana acababa de anunciar la hora de la recesión, y la comunidad, compuesta de unas veintiseis a treinta monjas, se reunía en la huerta alrededor de la madre, que sentada en un taburete, apenas podía contener a su grey, sobre todo a las jóvenes, cuya algazara y ruidosas demostraciones de alegría no llevaban trazas de concluir.

«Ya están ahí! Por último las veremos!»

«Ahora sí que vamos a pasar buenos ratos oyéndoles contar historias y costumbres de aquellas tierras...»

«Y a oír en el clave música nueva de por allá, porque dos de las mejicanas tocan mucho y bueno.»

«Y a saber cómo se observa la regla en aquellos países y...»

«¡Callaréis de una vez, locas de mis pecados!» gritó la superiora. «Tú, Petra, eres una reñidora incorregible, que me alborotas a las demás, y tú, Luisa, que nunca has roto un plato, qué vergüenza te ha entrado con esto de las mejicanas?»

«Madre, es que nos dice sor Antonia: Veréis unas mujeres extraordinarias, como no las hay por aquí... Eso es mucho, ¡vaya!»

«Y la maestra, que tuvo un tío indiano, dice que...»

«¡Pues yo digo que calleis! ó pasará la recreación sin haber podido leer esta carta del padre—repuso, mirando complacida a las alborotadoras.

Y por San Juan de la Cruz que había motivos para verlas con buenos ojos. Ya hubiera dado cualquier cosa un pintor de género, si entonces los hubiera, por

contemplar aquel grupo delicioso de jóvenes de dieciocho a veinticinco, y jamonas de treinta en adelante, formando un ramillete cuya hoja oscura eran seis ó siete ancianas que las contemplaban risueñas y animadas; un conjunto de tipos varios genuinamente españoles, en que brillaba la morena de ojos negros y rasgados, junto a la blanca sonrosada; la esbelta de porte distinguido al lado de la retonzona de poca estatura y algo gruesa; el rostro redondo con alegres hoyitos en las mejillas y nariz un poco remangada, haciendo juego con el óvalo correctísimo de líneas severas y al mismo tiempo graciosas; la expresión alegre en contraste bellísimo con la espiritual y reflexiva... Un hiterto, el cielo de primavera y el sol que aviva todos los matices. Tal era el cuadro.

Las tocas negras sobre el hábito pardo del Carmelo realzaban la hermosura de aquellos rostros animados por la alegría y la curiosidad, pasión dominante de todas las monjas del mundo, que según el dicho vulgar, son tres veces mujeres, y curiosidad aquí extraordinaria, pues se trataba de un suceso inusitado, sin par en la historia de la casa, y que insignificante ó poco menos para el común de las gentes, allí en aquel mundo pequeño y monótono era hacía tiempo el tema de todas las conversaciones y el más vivo excitante de todos los deseos.

«¿Qué se esperaba! ¿Qué decía el padre en su carta! ¿Quiénes eran las mejicanas?»

Era que dos hermanas riquísimas y jóvenes que al quedar huérfanas habían profesado en la orden carmelitana allá en cierto convento de Acapulco, asustadas con los tristes sucesos de la guerra que muy entrada ya la primera mitad de este siglo sostuvo México por algún tiempo con los Estados Unidos, se acordaron de ciertos ascendientes suyos españoles y determinaron trasladarse a la Península con otras dos monjas que, también ricas, mie losas y amigas de novodades, quisieron acompañarlas.

Enviadas las diligencias de derecho, se les señaló el convento de C***, cuya comunidad fué muy gustosa con la elección, y envió a su capellán segundo con poderes del general y de su provincial de Castilla para que cuidase de las viajeras y también de una muy respetable cantidad de peluconas mejicanas que consigo traían como espléndida fortuna vendida del otro mundo, ya que no del cielo, a un monasterio harto necesitado, como todos los de España en aquellos días de agitaciones y revueltas.

Lo que en toda la casa habían cabido la priora con su plana mayor y además el consejo de las ancianas respecto de la fortuna en perspectiva, y de lo que con ella debiera hacerse, y las jóvenes acerca de las prendas físicas y morales de las americanas, de lo que de ellas habían de saber y cómo las tratarían, no es para contarlo, porque llenaría un volumen como el Florelegio ó la crónica de toda la orden teresiana.

Meses y meses habían pasado entre planes y zozobras, sin saberse del padre capellán ni de las monjas, y ya estaba toda la familia carmelita en gran cuidado cuando aquella mañana el mandadero había dicho con tono de buena nueva a la tornera:

«¡Albricias, madre Gertrudis! ¡Carta del Padre!»

La misiva fué entregada al punto, pero ya la comunidad se dirigía a comenzar el rezo; la madre se guardó la carta y ocupó su silla. Todas las miradas que se cruzaron entre las monjas decían lo mismo: ¡Por fin!

En aquel oficio divino fueron mucho más frecuentes que de ordinario esos diálogos rapidísimos llenos de elipsis, que sin mirarse tienen los interlocutores cochin de silla en los pequeños intervalos de la salmodia, pecadillo tan común como inevitable entre la gente que va a coro, y del que no se aperciben los profanos y a menudo ni los superiores más vigilantes.

«Tú, día meditativo meo est... No hay duda chica, esa carta es del padre. Tengo buen ojo.

«Conforme; la madre quiso disimular; pero a mí no se me escapó nada... Super omnia docentes me intellexi...»

Y así estuvieron hasta que llegó el momento de las francas expansiones y

la superiora les comunicó sin reservas la fausta noticia.

El padre capellán era sobrio en su respetuosa epístola. Decía que, vencidas todas las dificultades, y después de una travesía con tiempo bonancible, se hallaba en Cádiz con las cuatro religiosas descansadas para emprender en breve el viaje a C*** por las galeras aceleradas, que a lo más tardarían tres semanas de Cádiz a la corte, donde esperarían los vehículos que enviara la comunidad.

Añadía que la salud de los cinco era cabal y que traían objetos preciosísimos de gran valor que alegrarían mucho a las buenas madres. Los detalles quedaban para referirlos en el locutorio.

«¿Qué más ni mejor podía esperarse? Desde entonces no pensó nadie más que en los preparativos de la recepción, que debía ser solemnisísima, y en disponerlo todo a fin de que las viajeras no echaran de menos su lujoso convento mejicano. Al espirar la última semana de las tres que anunciaba el padre capellán, la expectación era mayor en C*** que en Judea cumplidas ya las setenta que había predicho el profeta Daniel...»

Llegó al momento. De un coche cerrado de camino se apearon, muy tapadas, las cuatro americanas, y de otro, además del capellán segundo, el padre provincial y el párroco del pueblo, que había ido a Madrid a recibir a nuestros personajes. Abrióse de par en par la puerta regular ante un concurso grandísimo de curiosos, y las monjas fueron recibidas por la comunidad, que las aguardaba formada en dos filas, con la priora a la cabeza, mientras repicaban las campanas del convento, armonizando con las de la parroquia.

Dos horas después se abrió el locutorio para la solemne presentación al clero, autoridades y personas principales de la villa, previamente invitadas.

Era el locutorio una estancia bastante grande y de aspecto severo. Cuadros en las partes blanqueadas; sillones antiguos de nogal, con asientos y respaldos de cuero claveteado; largas mesas con pies torneados como columnas salomónicas, unidos los travesaños por herritas de hierro labrado. Sobre limpios manteles descollaban las enormes bandejas de antigua plata cincelada, llenas de los magníficos emparedados, suspiros, hojaldres, bollos de manteca y dulces, que constituían la especialidad de la casa. Las fuentes de natillas espolvoreadas con canela, que formaba con dibujos el escudo de la orden, y las computeras de cristal tallado, llenas de exquisitas conservas, alternaban con las botellas del blanco de Yepes, color de topacio, y del rojo Cariflora.

La sala estaba llena de gente, colocada ante las mesas, dispuestas de manera que todos diesen la cara a la gran roja que, ocupando casi totalmente el testero principal, separaba de los visitantes a la comunidad, colocada en semicírculo, rodeando a las protagonistas y a la priora, sentada junto a ellas en primer término. Al pie de la roja, por la parte de afuera y en sendas poltronas, estaban, ante una mesa de preferencia, los padres graves, el cura y las autoridades.

No defraudaron las americanas cuantas esperanzas habían despertado. Eran, sobre todo las dos hermanas, lo que se llama unas buenas mozas de porte aristocrático, elegantes cuanto puede serlo una monja, morenas, con ojos negros y rostros ovalados; su conversación, discreta y naturalmente graciosa ó insinuante, con aquellos dejos de su país, que daban nuevo y allí desconocido encanto a sus palabras.

Hicieron, pues, a maravilla los honores de aquella fiesta, en que se discretoó mucho y con grande algazara; hubo suscuentos a propósito de la relación del viaje, breve y sencillamente hecha por una de las heroínas; se cambiaron obsequios y finezas después de las presentaciones y ofrecimientos de ritual entre los circunstantes y las recién venidas; y por fin, al cabo de una hora el locutorio se fué despejando, hasta quedar solamente los sacerdotes más íntimos de la casa.

Entonces sucedió algo que las monjas más traviesas y vivas de imaginación no habían podido sospechar siquiera. La mejicana que parecía de más edad y prestigio entre las cuatro, sacó de entre el escapulario un objeto allí exótico, la más linda tabaquera de plata cincelada y sobredorada; la abrió, en medio de la estupefacción de toda la comunidad, y sacando varios cigarrillos puros, no muy pequeños, los dió por entre los hierros de la roja al provincial y a los otros padres.

Nuevo movimiento de asombro entre las monjas al ver que ellos, sin el menor reparo, aceptaban el regalo y que la americana lo hacía extensivo ¡a sus tres compañeras! Ercendia yasca con un precioso estalido y les daba fuego, acabando por encender ella su cigarrillo y fumar con delicia, muellemente recostada con los ademanos del más refinado y noble sibarita, mundano hasta la módula de los lusesos.

Lo que allí pasó no se puede describir. Miradas furtivas y picarescas entre las jóvenes, gestos de escándalo y extrañeza en las viejas; exclamaciones, frases entrecortadas, sonrisas, alguna pregunta capiciosa, qué se yo! Pero el padre capellán puso al corriente a las religiosas sobre las costumbres americanas; les aseguró que allí las monjas tienen permiso para fumar, y por el pronto quedaron así las cosas; no era oportuno aguardar tan deseada fiesta.

Quince días habían apenas transcurrido, cuando el padre provincial fué invitado a una conferencia secreta con la priora y la vicaria, y mientras la misa mayor, para que nadie se enterara. Así que ambas vieron al religioso: «Esto no puede seguir así—exclama-

ron.—El cigarro maldito de esas mujeres, nos tiene locas. Todo buelo a tabaco. Las condenadas fuman en su celda, en la recreación, al terminar las comidas, en los claustros al salir de coro, siempre y en todas partes, padre, siempre, siempre. A lo mejor, al ver a una de ellas pasearse fumando, parece que no es una monja, sino un fraile, y que hay bombres y mujeres dentro de esta santa casa... ¡Es horrible!

Mientras hablaban con tanto calor, llegaba allí perfectamente, desde el no muy lejano altar, la voz del diácono que cantaba el Evangelio del día, y de él estas palabras: «Ves la paja en el ojo de tu prójimo y no ves una viga en el tuyo, y acaso por esto dijo el provincial:

«Pero no son buenas, según decís, y observantes, amables, finas, generosas, humildes?»

«Lo son como nadie; pero la comunidad se ha dividido; hay quien lo toma a gracia y quien abomina eso del cigarro, hasta el punto de pensar en variar de convento por no verlo. Deseo, pues, que usted las convenza, y si no, que las prohiba fumar.

«Veremos, veremos—salió diciendo el buen padre.

Y por la tarde, mientras visperas llamo a las milicas fumadoras a capítulo reservado, en que trató de persuadirles dulcemente; pero la mayor de ellas le dijo con gran calma:

«Era eso todo? ¿Conque es decir que el tabaco es pecaminoso, que su uso constituye un vicio, que todo vicio a la postre es un mal y todo mal debe ser eliminado?

«Exactamente; veo que piensas bien y entiendes mejor, hija mía.

«Pues bien, dispuestas estamos a no fumar; pero padre de mi alma, vicio por vicio, tabaco por tabaco—prosiguió, recalando las palabras,—tan malo será por la boca y quemado, como por las narices y en polvo. Cuando las quince monjas que toman rapé dejen ese vicio, nosotras no fumaremos en nuestra vida.

«Pues yo creo, hijas queridas, que fumaréis por ocular ocularum. Tenéis razón, lo diré a las madres y... veremos, veremos... veremos—añadió, contentiendo la risa, que lo ahogaba.

Y cuando el reverendo vió que las madres, tras largas deliberaciones, transigieron muy a gusto con el humo por no dejar el rapé, dijo para su correa: ¡Oh miserias y pasiones humanas! Ningún terreno respetáis; ni el santo retiro del claustro, y... en todas partes sois las mismas.

EL DEVOTO PARLANTE.



UN APUNTE A LÁZZE, POR VASCANO.

CANTARES

Con el agua de los cielos brotan flores en la tierra, con el llanto de mis ojos sólo flores la pena.

De la vida en el camino nuestras dos almas se vieron, y aunque hablaron largo rato entenderse no pudieron.

De tu alma la condición está mostrando tus ojos: vivos destellos por fuera, todo oscuridad en el fondo.

M. SERRANO DE ITURRIAGA.



NOTA AL PÚBLICO

El presente número, como todos los demás que publicamos cada quince días, con páginas en cromotipia, tendrá por precio para el público

15 CÉNTIMOS

Los señores suscritores de Madrid a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA podrán adquirirlo al precio de

10 CÉNTIMOS

bien por medio del repartidor ó en esta Administración.

